

cepcion se publicaron tantos libros, como atestigua el mismo Palavicino, que serian bastantes para formar una biblioteca. Algunos de estos he leído repetidas ocasiones, y los he encontrado enriquecidos con innumerables testimonios, tanto de los Santos Padres que predicán la grande y admirable santidad de la Bienaventurada Virgen, como tambien de las Santas Escrituras, en las cuales se anuncia como bendita, llena de gracia y quebrantando la cabeza del antiguo enemigo del género humano.

Si todos estos monumentos que afirman clara y terminantemente la piadosa sentencia, no convencieron á los géneos de algunos literatos, segun que es casi imposible convencer al entendimiento entre los ardores de las disputas, son y han sido bastantes para que anunciados á los pueblos no solamente inflamasen su piedad y devocion, sino tambien para imbuirles profundamente en la sentencia y fe de la Inmaculada Concepcion.

Una cosa nueva se propondria á los pueblos, por decirlo asi, si se les anunciase que un artículo de tal naturaleza ahora como por primera vez se habria de definir; y como quiera que en lo comun ignoran los decretos de los Sumos Pontífices acerca de esto (1) reputarian como impio, hereje y blasfemo al que juzgara lo contrario. Tanto asi está profundamente grabada en su alma la fe de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre, á quien tiempo ha tienen la costumbre de llamarla con aquellas mismas palabras con las cuales el Esposo en el Cantar de los Cantares habla á la Esposa: "Toda eres hermosa, amiga mia, y mancha no hay en ti."

Me atreveria á decir, que la piedad de los fieles se ha sobrepuesto á la doctrina y génio de los disidentes, y que habiéndose atraído á sí á los sabios, les enseñó la fe que habian rehusado. Ya al fin es uno solo el corazon y espíritu de todos.

Mas por lo que á mi toca, profesaré ya anciano la fe que saqué desde mi tierna edad; la que siendo jóven prometí con juramento guardar, jamas la abandonaré; y la doctrina en que imbui á los pueblos ya siendo sacerdote, la he anunciado siendo ya obispo; á saber, que Maria, Santa Madre de Dios, fué concebida sin ninguna mancha de pecado original, y adornada ademas con la hermosura de todas las gracias. Esto me esforcé en probar en un sermon público, predicado en el Seminario de esta diócesis, segun se vé en el ejemplar que acompaño; y esto mismo pido con instancia, Beatísimo Padre, que vuestra Santidad declare como dogma de fe que deban confesar todos en lo de adelante.

De la ciudad de San Miguel de Culiacán, á 1.º de Agosto del año del Señor de 1849.—Beatísimo Padre.—Postrado á los piés de vuestra Santidad, pide la Bendicion Apostólica.—Lázaro, Obispo de Sonora.

(1) Estaba prohibido por decretos de los Sumos Pontífices, dar la nota de herejes, impíos, etc., á los que siguiesen cualquiera de las dos sentencias sobre la Concepcion de Maria.

A LA SANTA MADRE DE JESUCRISTO

LA VIRGEN MARIA,

LLENA DE GRACIA Y SANTIDAD DESDE EL
PRIMER INSTANTE DE SU SER:

LOS SEMINARISTAS DE SONORA

DEDICAN ESTE DISCURSO,

Que en 8 de Diciembre de 1843

DIJO EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO

su

OBISPO Y FUNDADOR.



Factum est autem, cum haec diceret Iesus, extollens vocem quaedam mulier, de turba dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti. At ille dixit: Quinimmo beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc., cap. 11, vs. 27 et 28.

1. En el mismo lugar del Evangelio de S. Lucas, de donde se han tomado las palabras que acabo de leer, se refiere que Jesucristo Señor nuestro habia lanzado un demonio del cuerpo de un hombre, y que como este milagro fuese interpretado siniestramente por algunos de los que lo habian presenciado, Jesucristo los rebatió y confundió con razones tan sólidas, tan claras y tan al alcance de todos, que una mujer de enmedio del pueblo, llena de admiracion y no pudiendo contener los sentimientos de su veneracion hácia Jesucristo, levantó la voz y le dijo: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.*

2. Si comparamos, señores, estas palabras con las que mas de treinta años antes dijo Santa Isabel, cuando la visitó la Santísima Virgen, hallaremos en ambas un mismo elogio del Hijo y de la Madre, hecho de una misma manera y casi sin otra diferencia que la mayor recomendacion que ahora se hace de la dignidad de María. Cuando oyó Isabel la salutacion de María, dice San Lúcas, exclamó en alta voz y le dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre; y al oír la mujer del Evangelio las palabras con que Jesucristo defendía la santidad de sus obras, levantó también la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. Antes á la voz de María se conoce y publica la santidad suya y la de su Hijo; y ahora á la voz de Jesus se da á conocer lo que él es, y lo que es su Madre santísima: y si María en la casa de Isabel hace oficios de apóstol de Jesucristo que lo anuncia, lo da á conocer y comunica sus gracias; el Hijo de la Virgen, que es también el Verbo del Padre, Dios de Dios y luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo, hace conocer mas ventajosamente con sus palabras, con sus obras, con su omnipotencia y con su santidad, cuán grande sea la dignidad de su Madre purísima, y hace que una mujer, cuya voz ha seguido siempre y repite sin cesar la Santa Iglesia, asegure á todo el mundo la santidad de María: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste.*

3. ¡Y de dónde provino, me direis acaso, el que María llegase á tener la dignidad de ser Madre de Dios, dignidad que sobrepuja y aventaja á cuantas dig-

nidades y escelencias pueden tener las criaturas? Provino, os diré, de que Dios la llenó anticipadamente de su gracia, que así la saludó el Angel antes de anunciarle la Encarnacion del Verbo: *Ave gratia plena:* provino, además, os diré también sin temor de errar, de la fiel correspondencia de María á los dones del cielo: *Bienaventurada la que creíste,* le decía Santa Isabel, *porque se cumplirá en tí lo que te fué dicho por parte del Señor:* de manera, que si María fué bienaventurada porque trajo en su vientre al Hijo de Dios, mas lo fué por la gracia que la dispuso, y por la fe con que correspondió á esta gracia: *Beata quæ credidisti.*

4. Parece, dice el erudito Alapide, que la mujer del Evangelio, al publicar la dicha de María con tener un Hijo tan grande y tan escelso como Jesucristo, se dejó llevar al mismo tiempo de la propension natural que tienen las madres de desear para sus hijos todo el bien que observan en los hijos de otras; y que al anunciar las glorias de María, se dolía acaso en su corazón de que á ella no hubiese tocado la felicidad de tener un hijo semejante á Jesucristo, porque de hecho, también pudo dar lugar á estos afectos al mismo tiempo que admiraba y confesaba la santidad del Hijo y de la Madre, y las palabras que dijo pudieron nacer asimismo de estos sentimientos de su corazón: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste.* Si así fué, deseaba un imposible, no cabe duda; pero Jesucristo contestó á los sentimientos racionales que manifestaban sus palabras, y le dió y ella recibió la seguridad de que había otra felicidad y

bienaventuranza mayor: *Antes bienaventurados*, la dijo, *los que oyen la palabra de Dios y la guardan*.

5. No niega Jesucristo, ni cómo podía negar la dignidad de María por ser Madre suya; pero no se reduce como Isabel á hablar solamente de las disposiciones particulares con que anticipadamente la previno el cielo, y con que ella por su parte se preparó; sino que con una misma sentencia confirma la felicidad de su santa Madre y el origen de esta felicidad; y manifiesta al mismo tiempo que á todos estaba preparado el bien del cielo, la anunciacion de la palabra, y que era mayor felicidad oirla y guardarla.

6. Jóvenes, á vosotros principalmente se dirige mi instruccion, y si deseo contentar vuestra piedad para con María, deseo tambien que vuestra devocion sea sólida. María llena de gracia y bienaventurada en todo tiempo, será el objeto principal de mi discurso: *Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*: María, ejemplar de las virtudes que debeis procurar, será otro objeto de que os hablaré tambien: *Quinimmo beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*. Las glorias de vuestra santa Patrona, y vuestro propio provecho y santificacion se interesan en que el cielo dé uncion á mis palabras; pidámosle por intercesion de la misma Santísima Virgen que así lo haga. Ave Maria.

Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti.

7. Todas las cosas recibieron en su creacion una bondad natural, necesaria ó inamisible, en cuya virtud pudiesen dar siempre testimonio de la sabiduría, po-

der y bondad de Dios, y publicar todas en general y cada una de por sí ser obra de sus manos; y aunque unas tengan una naturaleza mas noble, mas escelente y mas perfecta que otras, cada una tiene esta bondad general que digo acomodada á su propia naturaleza y condicion. Mas el hombre que participa de los atributos y propiedades de todas ellas, que existe como el comun de los séres, que vegeta como las plantas, que siente como los animales y que discurre como los ángeles, recibió una bondad capaz de representar la bondad de las demas criaturas, y por esto acaso no se dice en el Génesis, despues de la creacion del hombre, que Dios vió que era bueno, como antes se habia dicho y repetido en la formacion particular de las otras criaturas, sino que luego que Dios crió al hombre se dice: *que Dios vió todas las cosas que habia criado, y que eran muy buenas*, como que en el hombre se veia la existencia de todos los séres, la vegetacion de las plantas, la sensibilidad de los animales y la nobleza de los ángeles.

8. A esta bondad natural, necesaria é inamisible, agregó Dios en nuestros primeros padres otra bondad sobrenatural, admirable y divina, y la concedió nosolo á ellos, sino á toda su posteridad en la sucesion de los siglos, sin exigirles otra cosa que su fidelidad al único precepto que les puso, y bajo la conminacion de muerte temporal y eterna si lo quebrantasen.

9. Los llenó, pues, de su gracia y de todas las virtudes, dándoles con esta gracia su amistad y un derecho cierto á ser felices con la misma felicidad con que él es bienaventurado: los previno y armó con la justifi-

cia original para que pudiesen anticiparse á todo movimiento desarreglado y mantener lejos de sí el temor, la tristeza, la ira, la impaciencia y todas las demas pasiones que tanto nos inquietan y trastornan: los llenó de luces que los pusiesen á cubierto del engaño: docilitó su corazon de manera que con la misma facilidad pudiese seguir y abrazar el bien, como huir y separarse del mal; la inocencia, por último, y la paz, fueron la compañía que, segun su intencion, les dió para siempre.

10. El hombre no pudo perder la bondad natural que le es comun con las demas criaturas, pues esta no depende sino de Dios, quien podrá quitárselas volviéndolas á la nada de donde libremente las sacó; pero pudo perder y perdió la bondad sobrenatural y todas las riquezas, porque pudo ser infiel y quiso serlo. En su mano estuvo ser infeliz y desgraciado, ser amigo de Dios ó su enemigo, y con pleno conocimiento de la ruina en que iba á envolverse á sí y su descendencia, usó de su libertad y pecó contra su Criador.

11. No pudo el hombre, como acabo de decir, perder la bondad natural en que fué criado; pero pudo mancharla y de hecho la manchó con su culpa, y al dar el ser á sus hijos y éstos á los suyos, les comunicó y pasó la misma mancha con que él habia afeado y corrompido su naturaleza. Preciso era que habiéndose envenenado la fuente corriese el veneno con el agua que de ella manase; y esta mancha, esta corrupcion, este veneno, es el pecado de origen en que fuimos concebidos, y la triste herencia que tuvimos de nuestros padres. Pues cuando decimos que María la Madre de

Jesus fué concebida en gracia, no negamos que sea verdadera hija y descendiente de Adan, nuestro padre comun, ni que su ser, lo mismo que el nuestro, tenga aquel principio y origen; lo que decimos es, que ni su cuerpo ni su alma fueron comprendidos en la comun desgracia: que toda ella fué preservada de la culpa, adornada desde su concepcion de toda virtud y santidad, y enriquecida con tantos dones del cielo, cuantos Dios puede conceder á una pura criatura.

12. Esta es nuestra creencia, y ¡en cuán sólidos fundamentos no descansa! El antiguo Adan fué sombra y figura del nuevo, es decir, de Jesucristo, como enseña San Pablo: ni aquel ni éste fueron formados de la mezcla del hombre y de la mujer: de una tierra vírgen y libre de mancha formó el Señor Dios el cuerpo del primero, y de otra tierra vírgen tambien, santa y purísima, formó el Espíritu Santo el cuerpo del segundo. Cuanto dista el cielo de la tierra, y mas infinitamente todavia, es mayor la dignidad de Jesus que la de Adan; pues cuanto dista el cielo de la tierra, y mas todavia, debia ser bendita y purísima la Madre de Jesucristo, que lo que fué la tierra de que se formó Adan; y si quereis, señores, que Eva fuese tambien imágen de María, contemplad la inocencia que se dió desde el primer instante de su ser á aquella primer madre de los hombres, y deducid con seguridad la inocencia mayor de la que habia de ser Madre de Dios, autor de toda santidad.

13. Por poco que se reflexione sobre las consecuencias del pecado, basta para conocer cuán libre estuvo de él la Madre de Jesucristo. Todos nacemos hijos de

ira á causa de aquella culpa; y desde que fuimos concebidos en el seno de nuestras madres, ya fuimos objeto de la indignacion y venganzas del cielo; porque es necesario, es infinito el odio con que Dios ve al pecado y á quanto está manchado con él. Todo esto se concibe muy bien; pero no se concibe, ni es imaginable, cómo pudo ser alguna vez objeto de este odio, de esta ira, de esta indignacion y venganza, la que Jesucristo escogió para Madre suya. ¿Quién pudo oscurecer su saber infinito, para que no inventase el modo de librar á su santa Madre de tamaña desgracia? ¿En qué otra criatura pudieron brillar como en María las riquezas de su amor? ¿O quién ató su poder para que no intentase ni cumpliese una obra como esta? Desde la eternidad la escogió por Madre, y supo, quiso y pudo hacer que desde que ella tuviese vida fuese bienaventurado el vientre que lo trajo y los pechos que lo alimentaron.

14. Ni os imagineis, señores, que al discurrir yo de esta manera prescindia de lo que somos por razon de nuestro origen; antes bien tengo presente y uno en mi alma la idea tristísima de lo que yo soy con la idea consoladora de lo que fué siempre la Madre de mi Dios, y entiendo y creo que ambas ideas son inseparables en los designios del cielo. María es un bien para el género humano, es su gloria y ornamento, su apoyo y su esperanza, y nuestra condicion fué menos desgraciada desde que nuestro padre comun contó ya en su descendencia á esta hija suya inocente y purísima. Ella vale lo que nosotros no valemos, ó por explicarme de otra manera, valemos por ella lo que sin ella no valiéramos. Despues de Dios nada hay mas

perfecto que María, nada mas santo: en ella hizo el cielo ostentacion de sus riquezas, y como en las gracias con que la dotó manifestó hasta dónde podia comunicar su bondad y perfecciones á una pura criatura, no dejó medio ni lugar para que alguna otra pudiese acercarse mas, ni estar mas inmediata á su grandeza. Dejó, empero, las relaciones que con nosotros la unian, para que hubiese un conducto cierto y mas fácil por donde nos comunicase sus dones en mas abundancia; no obstante la dignidad á que la elevó, sangre nuestra es, hermana nuestra es, y por esto al mismo tiempo que estos títulos que con nosotros la unen dan confianza y entrada á nuestras súplicas, los títulos mas nobles y escelentes que la unen con Dios, dan al hombre infeliz cuanta seguridad podia desear. ¿Quién si no, invocó alguna vez en vano la Concepcion Inmaculada de María? ¿Quién pidió por ella que no fuese atendido? ¿Quién no fué mas puro, mas santo y mas feliz si ocurrió á este misterio? ¿O á quién no premió el cielo su veneracion hácia María concebida en gracia? El cielo, digo, que á nadie oye, á nadie atiende, á nadie premia con perjuicio y en menoscabo de la verdad.

15. Dejadme, pues, señores, que os presente otros motivos mas en confirmacion de esta que nos ocupa, que interes vuestro es quanto pueda yo decir en elogio de María; es nuestra medianera ante Dios, y quanto mejor sepamos lo que vale, mas debe animarse nuestro corazon en sus desgracias.

16. Ademas de la ira é indignacion del cielo que acarreó el pecado á nuestros primeros padres y á su